

cito de Lincoln no pueden cubrirse ni con los alistamientos voluntarios ni con las levas. Si valieran mis súplicas, pediría que ninguno de los Estados de la Unión pudiese ser conquistado ni subyugado.»

El reverendo Clay Dean, del Yowa, se explicaba así desde lo alto de las gradas de la casa vecina:

«Durante tres años Lincoln ha pedido soldados y se le han concedido. Pero ¿qué ha hecho con los grandes ejércitos de que es jefe? ¡Ha hecho fiasco, fiasco, FIASCO, FIASCO! Tales derrotas eran aún desconocidas. Tal matanza de hombres no se había visto desde la destrucción de Sennaquerib por el soplo del Todopoderoso. Y el monstruo pide aún más hombres para continuar su carnicería...»

»Desde que ese usurpador, ese traidor, ese tirano, ocupa la presidencia, el partido republicano clama cuchillo en mano; ¡guerra al cuchillo! La sangre se ha derramado á torrentes y la sed del monstruo no se ha apagado todavía. Necesita siempre mas sangre.»

Tales cosas se oían en torno de la Convención democrática. El autor no entra en consideraciones, no hace más que relatar; el lector tomará en su verdadero valor esos odiosos ataques dirigidos contra la honradez del buen Lincoln; pero era indispensable darlos á conocer en esta historia á fin de enseñar hasta qué grado de injusticia y aberración puede arrastrar á los hombres el espíritu de partido.

El manifiesto de Chicago lo redactó el juez C. L. Vallandigham; decía así:

«Hemos resuelto adherirnos con fidelidad inalterable, tanto respecto al porvenir como al pasado, á la Unión, tal como la Constitución la tiene establecida; este es el único sólido fundamento de nuestra fuerza, de nuestra seguridad, de nuestro bienestar, como pueblo, y el sistema de gobierno más conveniente á la prosperidad y al progreso de todos los Estados, así del Norte, como del Sud.

»La Convención cree interpretar justamente los sentimientos del pueblo americano, declarando que después de cuatro años de infructuosos esfuerzos para restaurar la Unión por la fuerza de las armas, después que la Constitución ha sido violada, en nombre de pretendidas necesidades militares, pisoteada la libertad de los ciudadanos, comprometida la fortuna de la nación y de los particulares, la justicia, la humanidad, la libertad y el bien público reclaman que se procure, por todos los medios, la suspensión de las hostilidades, á fin de llegar, ya por la convocación de una Convención soberana de todos los Estados, ó de otro modo, á restablecer la paz, tan pronto como sea posible, bajo las bases de

la Unión Federal, en la que los derechos de los Estados se verían formalmente reconocidos y solemnemente consagrados.»

Este programa significa, en lenguaje americano, que el partido democrático deseaba la Unión, aun con la esclavitud; pero que no consideraba la vuelta á la Unión como una condición esencial para la paz.

La Convención llevó á la Presidencia la candidatura del general Mac-Clellan. Las resoluciones que preceden eran una falta capital y de muerte para el partido democrático. Desde que fueron conocidas, los partidarios de Lincoln, que empezaban á dudar del éxito, y á desesperanzarse, volvieron á confiar. Al mismo tiempo llegaron excelentes noticias del teatro de la guerra; la fortuna volvía á acogerse bajo las banderas de la Unión.—«Sherman ha tomado la Atlanta!—Ferragut ha forzado la bahía de Mobile.» Esto anunciaba á la Unión una proclama del Presidente.

Mac-Clellan, para atenuar la mala impresión que produjo á los ciudadanos leales el manifiesto de Chicago, firmó una carta de aceptación, en la que las ideas de su partido estaban interpretadas de una manera más conforme de lo que se podía esperar de un antiguo general de la Unión; pero esta carta no tuvo resultado: el golpe había sido demasiado rudo. Decía así:

«La Unión fué primitivamente el resultado de un compromiso dictado por el espíritu de conciliación; para restaurarla y conservarla, es preciso que el mismo espíritu prevalezca en los consejos y en el corazón del pueblo. El restablecimiento de la Unión en toda su integridad es, y debe continuar siendo, la condición necesaria de la reorganización. Si es cierto ó solamente probable que nuestros adversarios actuales se avengan á hacer la paz bajo la base de la Unión, debemos recurrir á todos los medios usados ordinariamente por los hombres de Estado de los países civilizados y que se nos enseñan por las tradiciones mismas del pueblo americano (en los límites de lo que puede ser compatible con la honra y los intereses del país), á fin de llegar á esa deseada paz, de la que saldría para el porvenir la Unión reconocida y aceptada por los Estados y los derechos de cada Estado garantizados en la Unión por la Constitución. La Unión es la sola condición de la paz, y no pedimos otra cosa.

»Dejadme añadir lo que, aunque no expresado formalmente, no dudo estaba en el ánimo de todos los miembros de la Convención, lo que está en el sentimiento del pueblo á quien representaban: me

refiero á la acogida que merecería todo Estado que se decidiese hoy á ocupar de nuevo su lugar en la Unión, sería recibido inmediatamente, con entera y completa garantía para todos sus derechos constitucionales. Si después de haber hecho, con toda lealtad y franqueza, perseverantes esfuerzos para llegar á un pacífico resultado, fracasaba nuestra empresa, la responsabilidad de las consecuencias que ulteriormente podrían seguirse, caería toda sobre los que quedaran en armas contra la Unión, porque la Unión debe salvarse á toda costa.

»No me atrevería á mirar al rostro de mis antiguos camaradas que han sobrevivido á tantas batallas mortíferas, si abandonara esta Unión por la que juntos hemos expuesto tantas veces nuestra vida. Sin duda, el pueblo y el ejército verían con inmenso júbilo que una paz, fundada en la Unión y la Constitución, viniese á poner fin á tanta efusión de sangre: pero no hay paz durable sin la Unión.»

Se podía creer que después de esta carta, el partido democrático hubiese cambiado de candidato; pero no, los *leaders* de la Convención defendieron á Mac-Clellan, pero de la manera más injuriosa para su honor y su patriotismo. El *Daily News*, el órgano más adelantado del partido, afirmó que el general tenía conocimiento de las resoluciones de Chicago dos meses antes de la Convención; que le habían sido sometidas dos meses antes en nombre del partido democrático por Alfredo Edgardon, de la Indiana, y que había aprobado sin reserva su espíritu y la carta. Días después, en un meeting, Fernando Woob, para defender á su candidato, al que se atacaba á causa de la carta que precede, osó pronunciar estas palabras: «Mac-Clellan será nuestro agente, nuestra criatura: no puede desobedecer á la voz pública... En cuanto á su carta, peor para el que se engañe; no es más que un subterfugio, un ardid de guerra.»

El silencio de Mac-Clellan hizo creer, con justicia, que si no repudiaba de una manera terminante á los aliados que así interpretaban su pensamiento y su conducta, era porque hablaban la verdad: y el partido republicano no hubiese dudado un momento de que los verdaderos principios de los demócratas que querían derribar á Lincoln, estaban más que en la carta de aceptación del candidato, en la *plat-form* de Chicago.

Esto es lo que expresó con su habitual talento el secretario de Estado Mr. Seward, en una procesión de electores republicanos, que desfiló en este tiempo por debajo de sus ventanas y le dió una de esas

frecuentes ovaciones á que están expuestos los hombres de Estado americanos, sobre todo en época de elecciones.

«Queridos conciudadanos, dijo Mr. Seward desde lo alto de su ventana; la democracia en Chicago, después de seis semanas de buscar si la guerra, para nuestra causa, es un fracaso, ha acabado por decidir que era una pérdida; en su consecuencia ha tomado tales resoluciones y elegido tal candidato, que esta opinión será una verdad si cesan las hostilidades y se abandona el terreno sin contestación. En Baltimore, al contrario, habéis creído que distábamos mucho de haber fracasado, y en su consecuencia habéis decidido fiar á la suerte de las batallas la salvación de la Unión. *Sherman y Farragut han quitado toda razón de ser á las expresiones de Chicago*; y las elecciones particulares del Maine y del Vermont prueban que las resoluciones de Baltimore son buenas y saludables al país. La cuestión está aquí bien claramente definida: Mac-Clellan y la Separación, ó Lincoln y la Unión. ¿Os queda alguna duda sobre el éxito final? (Gritos: ¡No! ¡No!) Yo no tengo ninguna. Mil gracias, amigos, por vuestra visita.»

Entonces fué cuando el general Fremont, candidato del partido radical, ante los confesados proyectos de traición del partido democrático, creyó deber retirar su nombre de la lucha electoral, y he aquí en qué términos lo hizo en 27 de Septiembre:

«La lucha á la cual da lugar la próxima elección presidencial, ha tomado tal carácter, que la unión del partido republicano ha llegado á ser una necesidad de primer orden. En efecto, la política del partido democrático significa ó *separación*, ó vuelta á la Unión con la esclavitud.

»La *plat-form* de Chicago, es la separación pura y simple. La carta de aceptación del general Mac-Clellan, es el restablecimiento de la Unión con la esclavitud.

»El candidato republicano, por el contrario, está comprometido á restablecer la Unión sin la esclavitud: y por muy temida que sea su política sobre este punto, la opinión de su partido le obligará á obrar bien.

»En estas coyunturas ningún hombre de espíritu liberal podría vacilar un instante; y creo ser consecuente con mis antecedentes y mis principios, retirándome, no tanto para ayudar al triunfo de Mr. Lincoln, como para impedir en lo que pueda, la elección del candidato democrático.

»En cuanto á lo que á Mr. Lincoln se refiere, no han cambiado mis sentimientos; considero su ad-

ministración una serie de faltas políticas, militares y financieras, y deploro por el país que nos veamos obligados á confirmarle su mandato.»

El escrutinio de 8 de Noviembre arrojó los resultados que habían previsto desde algunas semanas antes los observadores inteligentes:—Lincoln fué nombrado por 2.213,665 votos; Mac-Clellan obtuvo 1.802,237.

La voluntad de la mayoría del pueblo en los Estados leales, no era ya dudosa: nunca se había querido más firme, más unánimemente que entonces, la integridad de la Unión; ni se había visto nunca tan claramente lo vano de las esperanzas de conciliación. El deber del Gobierno era, desde luego, no acoger ninguna proposición de paz en tanto que los rebeldes no hubiesen depuesto las armas.

Dos últimas tentativas se hicieron al principio del invierno de 1865 para detener las hostilidades. El honorable francés P. Blair, del Maryland, visitó dos veces Richmond con este fin, con el consentimiento del Presidente Lincoln; pero sin que éste hubiese rogado que se gestionara. En fin, á su petición formal, M. Alex. H. Stephens, A. John Campbell y Robert, y Mr. T. Hunter, obtuvieron la autorización de atravesar las líneas de Grant delante de Petersburg, para pasar á la fortaleza de Monroe, donde tenían que encontrar nuevamente al secretario de Estado, Mr. Seward, y al Presidente Lincoln. La conferencia fué larga y completa; se habló con entera libertad por ambas partes, pero no se tocó ningún resultado. Los delegados de la Confederación no habían podido prometer el regreso á la Unión; el Presidente Lincoln no quiso tratar sobre otra base; de manera que las partes se separaron como se habían reunido.

A la vuelta de los delegados, tuvo lugar en Richmond un gran meeting en el cual el Presidente Jefferson Davis se expresó en estos términos:

«En mi correspondencia con Lincoln, este funcionario no ha cesado de llamar á los Estados Unidos y á la Confederación, «nuestro país desolado», por mi parte no he dejado de establecer nunca claramente una distinción entre dos Gobiernos separados; y antes que vernos otra vez reunidos preferiera perder todo cuanto poseo sobre esta tierra y sufrir la muerte si fuese posible.»

Concluía su arenga haciendo un nuevo llamamiento á todos los que se hallaban en estado de coger las armas, prometiéndoles que antes de un año los *yankees* quedarían expulsados de la Virginia y pedirían la paz sobre las bases que quería el Sud.

El meeting se pronunció unánimemente por continuar enérgicamente la guerra.

Durante la campaña electoral, el ejército y la armada habían renovado sus triunfos un momento interrumpidos por derrotas de consideración y que amenazaban arruinar la obra tan penosamente llevada á cabo por Lincoln, al mismo tiempo que se juzgaba seguro el triunfo.

En el momento en que dejamos las operaciones militares, quedaban todavía dos posiciones importantes por tomar, para que fuese completo el bloqueo del Sud. Eran éstas, *Mobile* en el golfo de Méjico y Charleston en el Atlántico.

El 5 de Agosto de 1864, la armada federal se había presentado ante la bahía de Mobile, al mando del almirante Farragut. Este valeroso marino, extenuado por la edad y las enfermedades, se había hecho atar á la cofa de la capitana *Hartfort*, desde lo alto de la cual dirigía la acción. Apenas había comenzado el combate, cuando el *Teeunasch* se hundió al chocar con un torpedo. Entonces el almirante puso al frente de toda la armada el *Hartfort*, acribillando con metralla y bombas los fuertes enemigos; flanqueó la barrera interior y ganó el centro de la bahía, donde trabó una sangrienta acción contra los buques confederados, de la que salió victorioso.

Esta importante victoria volvía al Gobierno federal el libre uso de su flota de bloqueo y hacía caer en su poder el Estado del Mississippi, el del Alabama y todos los valles georgianos de la bahía de Mobile.

Hemos explicado que Sherman se había visto detenido un instante frente de Atlanta, donde el enemigo se había fortificado fuertemente.

Por una continuación de movimientos tan atrevidos como bien ejecutados, el hábil general acabó por obligar la evacuación de aquella vasta plaza de armas que tenía más de 20 kilómetros de extensión y que podía desafiar los asaltos de fuerzas tres veces mayores que aquellas de que podía disponer Sherman. El general confederado Hood ensaya en vano arrojar sobre la base de operaciones del general de la Unión. Sherman había tenido el buen cuidado de dejar guarniciones suficientes; retrocedió en su camino y batió á su adversario. Después continuó su marcha hacia adelante, destruyó las líneas fortificadas de Atlanta, despidió todos los bagajes superfluos y se dirigió hacia el mar á través de la Georgia, para dar la mano á la marina y acabar de cortar los ejércitos confederados. Dividiendo sus ejércitos en dos columnas, ocultando su verdadero punto de ataque, apareció ante Savannah

(Diciembre), cuando el enemigo le creía cerca de Macón.

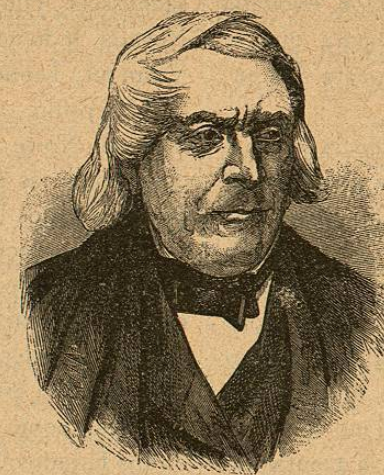
De Savannah sube al Norte para cooperar con las fuerzas de Grant y dispersa, á su aproximación, á los defensores de Charleston, que se retiran incendiando las pacas de algodón, los almacenes, arsenales, las canteras y los navíos de la flota confederada. Después de estas victorias, penetra el 17 de Febrero de 1865 en Colombia, es decir, en el corazón de la Carolina del Sud, que Beauregard evacúa á toda prisa, llega á Fayetteville el 11 de Marzo, en donde se halla aún á una distancia de 200 millas del ejército de Grant, pero á punto de operar en enlace con otras dos columnas, operando sobre el flanco de este ejército.

Grant apretaba, entre tanto, sus líneas al rededor de Richmond y de Petersburg.

El 2 de Abril de 1865 tomaba á Petersburg, y Lee enviaba un *expres* á Jefferson Davis, aconsejándole que huyera á toda prisa antes que la caballería de Sheridan le cortase la retirada.

El 7, Lee, que acababa de atravesar cerca de 300 millas de terreno cortado por barrancos, bosques y torrentes, sin cañones, víveres y casi sin armas, huyendo de las tropas del general Ord, se refugiaba en Farnville, en el Appomatox.

«El cansancio de los soldados confederados, que durante cinco días de marcha no habían *comido nada absolutamente* á excepción de granos de maíz y cortezas de árboles, llegó á tal estado, que des-



JULIO MICHELET

pués de un consejo de guerra tenido por los generales, el comandante en jefe de la artillería, general Pendleton, fué encargado de comunicar al general en jefe que la opinión unánime del consejo era la de que no quedaba más remedio que rendirse. No pensaba así Lee. «Rendirme, exclamó con la mirada encendida; me quedan aún demasiados buenos soldados.»

Creía poder alcanzar las montañas, y mientras tuviera esta esperanza no se veía autorizado para renunciar á la lucha.

Pero Grant, que le sigue de cerca, le obliga á abandonar á Farnville y le escribe el día 7 de Abril de 1865: «que en presencia de lo inútil de la prolongación de la resistencia de parte del ejército de Norte-Virginia y para descartarse de toda responsabilidad por la sangre que podría derramarse en adelante, pedía la rendición de su ejército, al que

se impondría una sola condición: promesa por parte de los oficiales y soldados, de no alzarse nuevamente en armas contra el Gobierno de los Estados Unidos, mientras permaneciesen prisioneros bajo palabra de honor.»

Grant pedía una entrevista para establecer definitivamente las condiciones de la capitulación. Lee dudó hasta el 9, y hasta el último extremo, cuando se convenció de la inutilidad de toda nueva tentativa, no acordó la entrevista pedida. La capitulación se firmó; los oficiales conservando sus espadas; los soldados entregando sus fusiles, podían retirarse sin temor de ser perseguidos por las autoridades de los Estados Unidos, con la condición de cumplir su palabra de obedecer la Constitución y las leyes del país.

Mientras el ejército terminaba, con las maravillosas campañas de Grant y de Sherman, la sumisión